

# La medición en la ciencia económica

Sin duda nuestro tiempo podría ser llamado la era de las mediciones. Los índices cubren cada vez mayores aspectos de nuestra vida y condicionan nuestras acciones. Por la mañana, antes de salir de casa, tomamos precauciones en base a los índices meteorológicos y elegimos el camino hacia el trabajo orientados por las mediciones del flujo de tránsito, cantidad de accidentes o cortes de calles que se registran en la ciudad. Al mismo tiempo, observamos las mediciones de combustible, aceite, temperatura o la ubicación exacta de nuestro vehículo en la pantalla del GPS. Elementos básicos para nuestra vida como la electricidad, el gas, el agua e incluso los niveles de aire y ruido en nuestro hogar o en nuestro barrio son objeto de mediciones constantes. En el nivel macrofísico, los investigadores miden periódicamente las condiciones sísmicas, marítimas o atmosféricas de todo el planeta. En el nivel microfísico y biológico, los diagnósticos médicos más habituales dependen hoy de precisas mediciones de todo tipo, que llegan hasta el núcleo mismo de nuestras células e incluso se internan en el mundo microscópico de nuestro código genético. Pero no sólo la vida física, sino también nuestra entera vida social está hoy bajo el dominio de las mediciones. La psicología experimental y las ciencias sociales han llevado la medición a la educación, la salud, el delito, la política, la religión, el entretenimiento y la vida deportiva.

Entre las ciencias sociales, probablemente sea la ciencia económica la que más ha contribuido al reinado de las mediciones en la vida social. La naturaleza misma de la moderna economía capitalista, basada en intercambios de equivalentes y en el logro de mayores ganancias medidas en dinero, convierte a la medición en un instrumento imprescindible para lograr su funcionamiento eficiente. Todos los agentes que participan en la economía necesitan medir en términos monetarios la eficiencia de sus actividades. El mercado en sí mismo, a través del sistema de precios, es el principal mecanismo de auto-medición espontáneo que genera la economía para regular sus actividades. En forma complementaria, los agentes buscan cada vez mayor información, por lo cual se generan mediciones e índices, tanto desde el ámbito privado como desde el estatal, que apuntan a mejorar la eficiencia de las decisiones de los distintos agentes y de la economía en su conjunto.

El economista y filósofo Ricardo Crespo afirma que la ciencia económica ha ido acentuando su dimensión de ciencia de la medición desde su constitución como "*economics*," luego del pasaje realizado por los fundadores de la escuela neoclásica de una economía centrada en la praxis a una centrada en la

técnica. Asimismo, la crisis del antiguo orden “espontáneo” liberal en 1930 y el consiguiente auge de la planificación, la regulación y la ingeniería social, especialmente a partir de la última posguerra, han ido acentuando gradualmente la convicción de que el estudio de la acción económica podía quedar circunscrito a la esfera casi exclusiva de la matemática y la estadística. Con este programa epistemológico y metodológico, orientado a la modelización y medición matemático-estadística de las acciones de los agentes y la elaboración de índices como herramientas centrales de predicción y orientación para la toma de decisiones, se puso la impronta final a la ciencia económica convencional que hoy conocemos.

Este programa tuvo un enorme éxito, especialmente en la época de una economía industrial en la que predominaban los criterios cuantitativos. Sin embargo, principalmente debido al pasaje a una economía del conocimiento, la innovación y los servicios en la cual poseen mayor incidencia los criterios cualitativos, actualmente se desarrolla un fuerte debate tanto acerca de los límites de los índices e instrumentos de medición convencionales, como de sus fundamentos teóricos. Muchos teóricos se preguntan si los índices tradicionales son capaces de aportarnos información relevante sobre cosas tan importantes en una economía postindustrial como las innovaciones, el nivel de los servicios o la educación de una sociedad. De hecho, ¿cómo medir la calidad de un servicio o el valor de un nuevo conocimiento y traducirlo luego en los términos cuantitativos de un precio que sirva adecuadamente como información para los agentes del mercado? Por otra parte, problemas sociales tales como la creciente desigualdad, la fragmentación social o la exclusión, los cuales son difíciles de resolver con políticas públicas convencionales, relativizan el valor de las mediciones macro de la producción, el consumo o distribución de la riqueza y la pobreza. Finalmente, las tendencias culturales contemporáneas –una percepción crecientemente subjetiva del propio nivel de bienestar, un pluralismo de las concepciones de vida y una sensibilidad post-materialista– cuestionan fuertemente las valoraciones uniformemente materialistas que presuponen muchos de los índices tradicionales.

En tal sentido, este nuevo número de *Cultura Económica*, basado en una selección de los trabajos presentados en la Primera Jornada de Filosofía de la Economía, organizada por el Centro de Estudios en Economía y Cultura de la UCA en 2010, está centrado en el debate de los conceptos que hay detrás de las mediciones, así como también en los índices construidos en base a éstos. Octavio Groppa, miembro del Consejo de Redacción de nuestra revista y José María Dagnino Pastore, Decano de nuestra Facultad, presentan el amplio debate que supone el problema de la medición. Por otra parte, en los artículos de Cecilia Adrogué y Ricardo Crespo –éste último también miembro de nuestro Consejo– y en el de María Edo, se analizan los supuestos conceptuales y metodológicos de los índices en dos casos concretos: el Índice de Desarrollo Humano del Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas y el Informe sobre la Pobreza en Irak del año 2010. Asimismo, Jan Schröder presenta una serie de experiencias prácticas de mediciones económicas aplicadas al *welfare* social a nivel regional en Alemania en base a nuevas metodologías y conceptos de medición del bienestar. Finalmente, Orlando Ferreres nos ofrece un recorrido de la historia económica argentina desde la perspectiva de su medición en términos de comparación histórica.

Tal como señalan agudamente Josef Stiglitz, Jean-Paul Fitoussi y Amartya Sen en su *Reporte de la Comisión sobre la medición de la performance económica y el progreso social* del año 2010 convocada por el presidente Nicolás Sarkozy con el fin de revisar los índices de medición tradicionales, “lo que medimos afecta lo que hacemos; y si nuestras mediciones son deficientes, nuestras decisiones pueden distorsionarse.” El hecho de que economistas, políticos y estadísticos se estén preguntando acerca de nuevos modos de medir, abre la posibilidad de ampliar la base conceptual para construir índices que logren reflejar mejor la complejidad y la riqueza inagotable de la realidad y de la persona humana.

C. H.